

(Mitologías Antiguas: Persia 4)

EL NIÑO QUE RIÓ AL NACER

5º

Cuando el Dios de la Luz, Ahura Mazdao vio como el mal se había extendido, decidió que un hombre debería nacer en la tierra y que este hombre llegaría a ser un gran jefe. Este jefe enseñaría a las personas el camino verdadero y bueno de la vida, y así rompería el poder de Ahrimán, Dios de la Oscuridad.

Él escogió como padres de este niño a unos campesinos simples, el nombre del padre era Pourushaspa y el de la madre Daghdú.

Ahrimán sabía que el niño lucharía contra él, así que, cuando Daghdú estaba embarazada, el Señor de la Oscuridad envió un ejército de espíritus malos. Ellos llegaron como una nube negra que cubrió el cielo entero, y esa nube estaba formada por miles y miles de criaturas horribles: tigres con alas de murciélago, buitres con patas de tigre y serpientes con cabeza de lobo.

Pero antes de que la nube de monstruos se posara sobre Daghdú, un gran ejército de ángeles apareció llevando espadas hechas de rayos de luz. Estos ángeles de Ahura Mazdao tumbaron a los monstruos. Ellos gritaron y chillaron, y luego huyeron en todas las direcciones.

De nuevo el sol brilló claro y luminoso en el cielo, y Daghdú cayó sobre sus rodillas para alabar a Ahura Mazdao que la había salvado. Ahrimán planeaba matar a la madre pero había fallado.

Daghdú dio a luz un pequeño niño. Todos los bebés lloran cuando nacen, pero este bebé era diferente, se rió con un sonido claro, era la risa de un bebé diminuto. Esta risa, que pudo oírse en todas partes de la tierra, duró sólo unos momentos.

Aquella risa, hacía que todas las personas buenas y espíritus buenos en el mundo, por un instante, cayeran en una gran felicidad al escucharla. Era como si una gran alegría hubiera llegado a ellos. Pero todas las personas malas y espíritus malos, todos esos que estaban bajo el hechizo de Ahrimán, cayeron en un gran miedo. Ellos sintieron terror por el sonido de la risa, y se escondieron en las esquinas oscuras y agujeros hasta que el sonido terrible se detuvo.

Todas las personas sobre la tierra oyeron esta risa; y dio alegría a todos los que eran buenos, golpeando de terror a todos los que eran malos. Los padres del bebé que se rió, llamaron a su pequeño hijo "Estrella Dorada", que en el lenguaje persa es Zaratustra.

El pequeño Zaratustra se rió cuando vino al mundo, y el sonido de su risa también alcanzó a Ahrimán, quien tembló cuando la oyó, pues era como el tintineo de campanillas color de plata.

Cuando el sonido de la risa del niño cesó, había rabia y furia en el corazón de hielo de Ahrimán. Él, el Señor de la Oscuridad, Príncipe de los Espíritus Negros y Rey de las Mentiras, había sido remecido por el sonido producido por un pequeño niño. Él sabía quién era aquel bebé, sabía de dónde esa risa odiosa había venido, y juró venganza.

La tierra donde Pourushaspa y Daghdú vivían era gobernada por el Rey Duransarún, que era un hombre malo; de buena gana abrió su corazón y mente a los pensamientos negros que venían de Ahriman. Los espíritus de la oscuridad le susurraron:

"El niño recién nacido de Pourushaspa y Daghdú es un peligro para Usted, y no se le debe permitir crecer. Será mucho más fácil matarlo ahora, en lugar de esperar que él sea un hombre adulto y que desafíe su poder"

Al día siguiente, el Rey Duransarún salió en dirección a la choza pobre y pequeña de Pourushaspa y Daghdú. Cuando el Rey llegó, la madre y el padre estaban afuera en los campos trabajando, y habían dejado al bebé dormido en una pequeña cuna. Abrió la puerta de la choza, entró y se halló solo con el niño Zaratustra.

El Rey miró al bebé con una sonrisa malvada y pensó:

"Nunca más volverán los padres a oír la voz de este niño; él no crecerá para desafiar el poder del mal en el mundo"

Rápidamente, el Rey Duransarún sacó una daga afilada que había traído con él, y alzó su mano para clavarla en el pecho del niño. Pero en esos momentos, el bebé abrió sus ojos y miró la mano que sostenía la daga; al instante, la mano del Rey se entorpeció, su brazo derecho perdió su fuerza del todo y se paralizó, y llegó a ser como un palo seco.

La daga cayó al suelo. Estupefacto de terror, el Rey miró su brazo y mano muertos, retrocedió y huyó de la casa. Corrió como loco para alejarse del niño, cuya mirada había hecho que su brazo derecho y su mano se inutilizaran por el resto de su vida.

Ahora el Rey Duransarún odiaba a Zaratustra más que antes. No se acercaría al bebé de nuevo, pero como era un rey, podía enviar a sus sirvientes. De este modo, llamó a dos de sus hombres y les dijo:

"Les ordeno tomar al niño del campesino Pourushaspa y tirarlo al fuego. No regresen hasta que hayan hecho tal acción o los quemaré a ambos vivos"

Los dos hombres se fueron, y se escondieron cerca de la choza hasta que vieron salir a Pourushaspa y a Daghdú en dirección a los campos para trabajar. Cuando estaban seguros de que los padres estaban bien lejos, los sirvientes del Rey Duransarún, rápidamente, entraron, tomaron al bebé de su cuna y se fueron lejos.

Para su sorpresa, el niño no emitió sonido alguno, no lloró ni pareció entender. Uno de ellos llevaba al niño, mientras el otro hombre llevaba una carga de madera seca. Caminaron por mucho tiempo hasta que alcanzaron el desierto, allí hicieron una gran hoguera y cuando las llamas estaban ardiendo, tomaron al niño y lo tiraron en ella. Luego se fueron riendo, pues había sido tan fácil cumplir la orden del rey.

Volvieron donde el Rey Duransarún y le dijeron que no necesitaba tener más preocupaciones por el bebé, puesto que su vida había acabado en un gran fuego en el desierto.

Entretanto, los padres de Zaratustra regresaron de su trabajo y hallaron la cuna vacía. La pobre madre estaba desesperada. Salió de casa y empezó a buscar a su hijo. Ella pensaba:

"Quizás un lobo ha venido y lo ha arrastrado lejos, o quizás el bebé se ha caído de la cuna y ha gateado lejos"

Ella no podía saber qué es lo que había pasado, pero no iba a descansar hasta encontrarlo.

Cuando estaba oscureciendo, Daghdú vio una luz fuera, en el desierto. Con gran miedo en su corazón, se apresuró hacia allá, pero cuando se acercó vio algo muy extraño. El fuego estaba por apagarse, y en medio de las pequeñas llamas que quedaban, se hallaba sentado Zaratustra, sonriente y jugando con las pequeñas lenguas de fuego como si fueran sus juguetes. Lo más sorprendente de todo era que estaba ileso.

El Rey Duransarún había fallado dos veces en sus intentos de destruir a Zaratustra, pero estaba del todo decidido a causar la muerte del niño. Sabía que el muchacho no podía ser muerto por las armas, pues había perdido el uso del brazo derecho cuando había tratado de apuñalarlo; ni tampoco el niño podía ser muerto por el fuego. Pero había aún otras maneras. Llamó a los dos mismos sirvientes y les dijo:

"La última vez ustedes fallaron en matar al niño, no fallen esta vez. Quiero que el niño sea tirado a las bestias salvajes. Vayan y cuiden de hacerlo bien"

Ahora los padres de Zaratustra tenían miedo de dejar al niño solo, por las cosas extrañas que habían pasado. Pero eran campesinos pobres, y si no realizaban ambos el trabajo en el campo no tendrían lo suficiente para comer. Podían sólo confiar en que Ahura Mazdao, que había protegido de las llamas al niño, continuara vigilándolo.

De nuevo, los dos sirvientes del Rey Duransarún esperaron hasta que el niño estuviera solo. De nuevo tomaron a Zaratustra y lo llevaron lejos; pero esta vez ellos fueron al bosque y buscaron hasta que encontraron la guarida de los lobos. Cuando se acercaron a la cueva, la cabeza de un lobo grande gris apareció afuera. La bestia gruñó y mostró sus colmillos, pero no tenían el deseo de luchar contra el lobo salvaje. Rápidamente, uno de ellos tomó al bebé y lo tiró a la cueva. Entonces ambos corrieron para salvar sus vidas. Volvieron ante la presencia del rey y le dijeron:

"Hemos arrojado al niño a los lobos más feroces en el bosque, y seguramente es el fin del niño"

Cuando los padres de Zaratustra volvieron, una vez más hallaron la cuna vacía. Buscaron, desesperadamente al niño, hasta que al final llegaron a la cueva de los lobos en el bosque. Dentro de esta cueva, Pourushaspa y Daghdú podían oír gruñir y aullar a los lobos. Temerosamente la madre se acercó. Allí estaba su niño Zaratustra jugando con dos cachorros de lobos. Él alaba de sus colas y ellos lamían sus manos con sus pequeñas lenguas rojas. Dos lobos enormes viejos, el lobo y la loba, estaban sentados allí felices como si el muchacho fuera un miembro más de su familia.

Daghdú caminó dentro temblando, esperando en cualquier momento ser atacada por las bestias grandes. Pero ellas se sentaron tranquilamente, y cuando Daghdú tomó al niño y caminó hacia afuera, ellos no se movieron. Una vez más, Zaratustra fue devuelto a sus padres seguro y sano.

De nuevo las noticias de que Zarathustra estaba ileso llegó a oídos del Rey Duransarún. Él miró su mano derecha seca, que todavía no había sido vengada, y con su rostro adusto llamó a sus dos sirvientes. El malvado rey les dijo:

-¡Han fallado de nuevo!. Hay un bebé desvalido, y ustedes dos no pueden deshacerse de él. Me enfureceré mucho con ustedes si no destruyen a este niño. Como bestias salvajes lo han adorado, quizás animales domados no sean tan piadosos. Vayan y vean que el niño sea pisoteado por alguna manada hasta morir"

Los dos sirvientes se fueron, y una vez más tomaron al niño y lo llevaron lejos cuando sus padres estaban afuera en los campos trabajando. Esta vez llevaron a Zarathustra a una senda estrecha donde cada tarde, una manada grande de ganado pasaba para beber de un río cercano. Los toros y vacas estaban acostumbrados a que ningún pastor fuera con ellos. Los hombres colocaron al niño en medio del sendero. Entonces volvieron donde el Rey Duransarún y le dijeron que nada en el mundo podría salvar al infante de las pisadas de las bestias.

Había sido un día caluroso. La manada había estado pastando fuera bajo el sol ardiente, y estaba muy sedienta. Ésta corría hacia abajo por la senda y el sonido de sus cascos parecía un trueno. Galopando delante del resto estaba un toro negro enorme -el más viejo y más fuerte de la manada-; pero cuando este enorme toro negro vio al pequeño bulto -el bebé que estaba en su camino- él se detuvo. El animal enorme dio un paso hacia delante y quedó de pie sobre el niño, así los otros toros y vacas tenían que abrirse paso a la derecha y a la izquierda.

El viejo toro estuvo de pie como una roca en un río, y el resto de la manada fluyó como olas, a un lado y al otro lado de él. Mientras los otros animales bebieron en el río, el toro se quedó y estuvo de pie en guardia sobre el bebé.

Los campesinos querían saber porqué el toro no estaba junto a la manada, y cuando fueron a ver, hallaron al bebé descansando, seguro y sano, entre las cuatro patas del animal. Sólo cuando el niño fue llevado lejos, el viejo toro bajó al río a beber.

Los padres de Zarathustra se dieron cuenta de que era el Rey Duransarún quien había tratado, una y otra vez, de matar a su niño. Así es que decidieron huir. En secreto, una noche, ellos salieron de su hogar y viajaron fuera del país donde Duransarún, el sirviente de Ahrimán, no tenía poder. Llegaron así a otra parte de Persia donde el Rey Vishtaspa gobernaba. Este rey no era malo; y allí nadie sabía ninguna cosa sobre el niño Zarathustra.

Aportación de Colegio Waldorf Lima

Estas historias sobre la Antigua Persia se encuentran todas juntas en el enlace:
<https://ideaswaldorf.com/antigua-persia-c-k/>